

Visiones de la mujer en la historia: de Platón a Weininger

Women sights in History: from Plato to Weininger

M.^a José Villaverde Rico

Universidad Complutense de Madrid.

Recibido el 13 de enero de 2000.

Aceptado el 24 de marzo de 2000.

BIBLID [1134-6396(2000)7:1; 149-178]

RESUMEN

Salvo poquísimas excepciones, el antifeminismo ha sido la actitud dominante entre los grandes pensadores hasta finales del XVII y el XVIII, cuando en el marco de los salones regidos por las mujeres ilustradas éstas consiguen que se reconozca su igualdad con el hombre. Pero las nuevas argumentaciones científicas emanadas de la propia Ilustración ponen en peligro en el siglo XIX los logros anteriormente alcanzados, y la crisis de identidad de fin de siglo acentúa aún más las actitudes machistas. Incluso las mujeres de las organizaciones feministas no son capaces de sustraerse a las redes de la ideología tradicional. La conquista de la individualidad y de la autonomía que la Ilustración anunciaba queda así relegada en aras del bien común y de los intereses de la colectividad, ante los cuales una vez más la mujer se sacrifica y se somete.

Palabras clave: Antifeminismo. Ilustración. Logros y retrocesos XIX.

ABSTRACT

Except a few exceptions, Antifeminism has been the dominant attitude between the great Thinkers until the XVIIth. and the XVIIIth., when enlightened women obtained the equality with men in the salons. But the new scientist argumentations issued from Enlightenment were a danger in the XIXth. for previous conquests, and fin-de-siècle identity crisis emphasizes antifeminist attitudes. Even women from feminist organizations were not able to get themselves away from traditional ideology. The conquest of individuality and autonomy was relegated in the name of collective interests to whom women sacrificed and subjected themselves again.

Key words: Antifeminism. Enlightenment. Conquests and recedings in the XIXth.

SUMARIO

1.—El antifeminismo de los grandes pensadores desde Aristóteles a Rousseau y excepciones. 2.—El despertar feminista. 3.—Logros y retrocesos en el siglo XIX. 3.1.—Las nuevas teorías antifeministas de carácter pretendidamente científico. 3.2.—La situación de la mujer en el XIX. 3.3.—El antifeminismo en las producciones artísticas. 3.4.—La crisis finisecular como crisis de género. 3.5.—El arquetipo de la “femme fatale” y la “Nueva Eva”. 3.6.—El sacrificio de la individualidad ante los intereses colectivos: las carencias del feminismo de fin de siglo.

1.—*El antifeminismo de los grandes pensadores desde Aristóteles a Rousseau y excepciones*

Salvo contadas excepciones, el machismo ha sido la actitud dominante a lo largo de la historia, de Aristóteles a Marx. El Estagirita exponía ya con toda claridad en el siglo IV.a.C. el papel asignado a la mujer, que se mantendrá inamovible casi hasta nuestros días:

Una buena y perfecta esposa ha de vigilar el interior del hogar doméstico... pero si desea obtener el título de ejemplar y servir de modelo a las demás, debe de procurar ordenar en todo su existencia a tenor de la de su marido... La esposa debe someterse a su marido como si hubiera sido comprada a un alto precio, y ha de convencerse de que lo más santo y lo más noble es el lazo que la une a él y el cuidado de sus hijos¹.

Es cierto, sin embargo, que la posición de Aristóteles contrasta notablemente con la de su maestro Platón, quien en *La República* defendía la igualdad de los sexos y la educación de las mujeres del grupo dominante (filósofos-reyes y auxiliares), así como su participación en la defensa de la polis y en la toma de decisiones políticas, en igualdad de condiciones con los hombres.

No hay por tanto —afirma en el libroV—... en el gobierno de la polis, oficio alguno que corresponda a la mujer como tal mujer, o al hombre como tal hombre, sino que, diseminadas en unos y en otras las condiciones naturales de manera semejante, a la mujer, lo mismo que al hombre, competen por naturaleza todos los oficios².

Pero el pensamiento de Platón, aunque basado en la mítica situación en que se encontraba la mujer en la Esparta de los tiempos arcaicos, no es sino una innovación en Atenas, susceptible de reportarle, como él mismo asegura, burlas y críticas. Es interesante observar que una defensa tan contundente de la mujer, realizada curiosamente por un pensador que ha sido catalogado de reaccionario, no vuelve a producirse hasta el siglo XVIII y que, por el contrario, en pleno siglo XIX (aunque a comienzos), un miembro del grupo de los Iguales, a los que se considera predecesores de Marx y a los que se reviste, por lo tanto, con el manto del progresismo, niega a la mujer el derecho a la educación más elemental, a leer y a escribir. Inmensa paradoja que obliga a replantearnos deducciones rápidas.

1. *Oeconomica*, I, 7.

2. *La República*. Aguilar: Madrid, 1968, pp. 327-328.

En la historia de las ideas posterior a Platón la subordinación de la mujer es una constante, aunque en el marco de los monasterios femeninos medievales se produce un cierto despertar cultural y espiritual a partir de los siglos XI y XII, y surgen grandes figuras femeninas en el ámbito del pensamiento filosófico de la Edad Media como la abadesa Eloísa del Paráclito o Hildegarda de Bingen, visionaria, predicadora y consejera de soberanos y pontífices. Pero ninguna de las dos reivindicó la igualdad de la mujer. Sólo algunas sectas religiosas heterodoxas del Medievo como los anabaptistas y los cuáqueros conceden a la mujer un cierto plano de igualdad con el hombre, al permitirle predicar.

Es en el siglo XVII cuando las voces a favor de la mujer empiezan a escucharse con más intensidad. Además del tan citado Poulain de la Barre, el joven cura cartesiano que a los veintiséis años publicó *De la igualdad de los sexos*, y en los años siguientes *De la educación de las damas* y *De la excelencia de los hombres contra la igualdad de los sexos*, en Francia destaca Marie le Jars de Gournay, discípula de Montaigne, quien publicó en 1622 el pequeño tratado *Igualdad de hombres y mujeres* en contra de los tradicionales prejuicios sobre la inferioridad moral, jurídica y política de la mujer, y *Queja de las damas* en 1626. En Holanda, Anna María van Schirman escribió a favor de la educación científica de las mujeres, y en Inglaterra la anglicana Mary Astell defendió la necesidad de romper el círculo vicioso de ignorancia e inferioridad intelectual que atenazaba a la mayoría de las mujeres de su tiempo³. También encontramos una visión feminista entre algunas mujeres venecianas de finales del XVI y del XVII como Moderata Fonte o Lucrecia Marinelli, quienes defendieron la excelencia y superioridad femeninas frente a la tesis tradicional de la inferioridad de la mujer.

Dos autores de la época simbolizan el diferente talante que adoptan los hombres ante las demandas femeninas. Mientras Bossuet demuestra una actitud inamovible e intransigente que no ofrece margen para la duda, atrinchándose en la Biblia para defender la inferioridad de la mujer y enarbolar el argumento tradicional de su creación a partir de una costilla de Adán, Spinoza demuestra mayor sensibilidad. Tal vez por su condición de judío y por lo tanto de individuo marginal en los Países Bajos protestantes, y más aún por sus ansias de libertad y tolerancia que le condujeron primero a la heterodoxia en el marco de la intransigente y rígida comunidad judía de Amsterdam, liderada por ultraortodoxos, y más tarde al desgarro de la ruptura total, religiosa, social e incluso familiar, muestra hacia la mujer, ese otro ser marginado y excluido, una cierta complicidad no exenta de notas de simpatía.

3. MARTINO, Giulio de y BRUZESE, Marina: *Las filósofas*. *Crítica*: Madrid, 1996, p. 121y ss.

En efecto, en las páginas finales de su Tratado político, al presentar el régimen democrático como el más racional y el más acorde con la naturaleza humana, se pregunta si las mujeres deberían gozar de derechos políticos. Suscitaba así un debate sobre la igualdad de la mujer que no estaba en el ánimo ni de políticos ni de filósofos plantear. Es cierto que finalmente se pliega a la opinión general sobre la inferioridad de la mujer, pero la larga deliberación que lleva a cabo es un fiel reflejo de su interés y de sus dudas sobre esta cuestión.

Pero tal vez me hagan la pregunta de si las mujeres están bajo el poder de sus maridos por la naturaleza o por convención. Si la sumisión de las mujeres proviniese de una convención, no habría razón para excluir a las mujeres del gobierno. Sin embargo, si atendemos a la experiencia, veremos que la condición de las mujeres procede de su debilidad natural. En ninguna parte ha sucedido que los hombres y las mujeres reinen juntos. En todos los países de la tierra en donde viven hombres y mujeres vemos que los primeros gobiernan y las segundas son gobernadas. De este modo, los dos sexos viven en paz. Lo confirma que cuando, como nos lo presenta la leyenda, las Amazonas, antaño, detentaban el poder del reino, no toleraban que hubiese ningún hombre en el territorio de su patria; no cuidaban más que a las hijas, mataban a los varones que ellas mismas habían concebido. Pero si las mujeres fuesen por naturaleza iguales a los hombres, en fortaleza de ánimo e inteligencia, en lo que consiste principalmente el poder y, por tanto, el derecho de los humanos, las mujeres estarían al mismo nivel que los hombres. Entre los pueblos numerosos y diferentes del mundo, se hallarían algunos en los que los dos sexos detentarían juntos la autoridad política, y otros en los que gobernasen las mujeres a los hombres, educándoles de modo que su inteligencia no se desarrollase. Como no se han producido hechos semejantes en parte alguna, es lícito afirmar, sin duda, que las mujeres no gozan naturalmente de un derecho igual al de los hombres y que son, naturalmente, inferiores. Por consiguiente, es imposible que los dos sexos aseguren juntos el gobierno del Estado, e incluso aún más, que los hombres sean gobernados por las mujeres... Por tanto, vemos sin esfuerzo que si los hombres y las mujeres asumiesen juntos la autoridad política, la paz sufriría mucho por la serie de conflictos permanentes que se producirían⁴.

La decepcionante conclusión no debe inducir a engaño, pues tras la aparente aceptación de la visión tradicional, se esconden argumentos a favor de la mujer que Spinoza esgrime con cautela (recordemos que su divisa era "se cauto"), al no ser hombre ni de declaraciones grandilocuentes ni de defensas heroicas. La mención a las Amazonas, aunque calificada de leyenda,

4. *Tratado político*: Tecnos: Madrid, 1966, cap. XI, pp. 261-262.

invalida su propia tesis de que las mujeres han carecido siempre de poder. Tal razonamiento tenía que resultar inaceptable para cualquier hombre culto de su época, que no podía ignorar que Catalina de Médicis había sido la regente de Francia hacía menos de un siglo y que había gozado en consecuencia de un inmenso poder. ¿Cabe deducir de su reflexión que Spinoza estaba utilizando la ironía para demostrar que la única razón para apartar a las mujeres del poder es siempre la oposición de los hombres, y que la negación de la igualdad es una simple cuestión de pragmatismo para evitar la guerra entre los sexos?

En el siglo XVIII dos de sus grandes figuras emblemáticas destacan por su falta de sensibilidad ante el problema de la mujer. Ni Rousseau, que ha sido considerado el precursor de la democracia moderna⁵, y que debería en consecuencia defender los derechos del individuo y, por ende, los de la mujer; Ni Kant, que dice haber aprendido del Ginebrino a respetar a la humanidad, simpatizan con las reivindicaciones feministas. Es más, Rousseau se convirtió en el paladín de lo que se ha llamado la “ideología de la domesticidad”⁶, al consagrar la exclusión de la mujer del ámbito de lo público. Y ello a pesar de que en su época de secretario de Mme. Dupin, colaboró con ella, de bastante mala gana por cierto, en una obra en la que se reivindicaban los derechos de la mujer mediante argumentos psicológicos, históricos y jurídicos. Rousseau no parece haber sido receptivo a estas tesis, como se puede comprobar en el libro V de Emilio, en donde expone con detenimiento su sistema de educación femenino. Aunque no hace ninguna afirmación explícita sobre la igualdad o inferioridad de la mujer, y sólo habla de su diferencia, sí queda patente a lo largo del libro la primacía masculina. En base a los datos proporcionados por la Anatomía comparada⁷, establece la dicotomía tradicional entre el hombre, activo y fuerte, y la mujer, pasiva y débil, creada para gustarle y para ser dominada por él⁸. Anticipando las tesis que plantearán en el siglo XIX Otto Weininger, Freud y tantos otros autores, Rousseau opone la naturaleza del hombre, para quien la sexualidad no es una verdadera necesidad⁹ a la de la mujer, enteramente condicionada por su sexo,

5. Erróneamente en mi opinión, como trato de demostrar en mi libro *Rousseau y el pensamiento de las Luces*. Tecnos; Madrid, 1987.

6. Según Bárbara CORRADO POPE en su ensayo *The influence of Rousseau's ideology of domesticity* Ver también Rosa COBO: *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean Jacques Rousseau*. Cátedra: Madrid, 1995.

7. ROUSSEAU, Jean Jacque: *Oeuvres complètes*. Gallimard: Paris, 1969. T.IV, Libro V, p. 693.

8. Tesis que repite una y otra vez en las pp. 710-711; 766; 865, etc.

9. Es una necesidad social pero no natural: “Cuanto más reflexiono... más convencido estoy de que un hombre solitario que viviese en un desierto, sin libros, sin instrucciones y sin mujeres, moriría virgen a la edad a la que llegase” *Emilio*, L.IV, p. 662. (La traducción es mía).

física y psicológicamente, hasta el punto de que la maternidad y sus roles conyugales y familiares determinan su función social. La aceptación de estas premisas garantiza la estabilidad social, de ahí la importancia que la difusión y la interiorización de las mismas tienen para la sociedad. Coherente con estos presupuestos, Rousseau propone en *Emilio* un modelo de educación femenino basado en la sumisión y en la devoción maternas, mientras que recomienda inculcar al varón los valores de la independencia y de la autonomía. Trastocar este sistema y cultivar en la mujer las cualidades del hombre en lugar de las suyas propias sólo redundaría en su propio detrimento, pues conduciría a su virilización y a su inferioridad, con la consiguiente pérdida de sus “armas” y atributos femeninos. ¿Quiere esto decir que hay que mantenerla en la ignorancia ? (p. 701) No, contesta, tiene que aprender muchas cosas, pero sólo aquéllas que le conviene saber (p. 702). Y entre esas “cosas” no se encuentran, desde luego, aquéllas que le permitirían desarrollar sus capacidades como ser humano, sino únicamente las que le facultan para cumplir con eficacia la función que él le asigna, la de educadora de patriotas.

Es la educación la que tiene que inculcar en las almas el espíritu nacional, y dirigir de tal modo sus opiniones y sus gustos que los convierta en patriotas por inclinación, por pasión, por necesidad. Al abrir los ojos, un niño no debe ver más que la patria, y hasta su muerte no debe ver otra cosa. Todo republicano auténtico ha mamado con la leche de su madre el amor a la patria¹⁰.

Pero las diferencias entre los dos sexos no se limitan al tema de la educación, sino que los privilegios masculinos se hacen patentes en otros ámbitos como el político o el religioso. En el político, es de destacar el significativo silencio que sobre el tema de los derechos políticos de la mujer se extiende sobre *El contrato social*. Rousseau, el igualitario, relega de hecho a la mujer al hogar, a la educación de los hijos y a sus tareas de esposa. En esa comunidad ideal de hombres libres e iguales, la mujer no tiene cabida en la esfera pública. Pero tampoco en sus otras obras políticas como el *Proyecto de Constitución para Córcega o las Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, se contempla esa posibilidad. En este último escrito especifica que los requisitos para ser ciudadano consisten en tener un lote de tierra, estar casado y tener dos hijos vivos, pero en ningún caso contempla la posibilidad de conceder la ciudadanía a las mujeres. Y en *La nueva Eloisa*, novela en la que se encuentra un esbozo de su ideal social, describe a la protagonista, Mme. de Warens, con los rasgos femeninos clásicos, la dulzura, la benevolencia, la capacidad para

10. “Considérations sur le Gouvernement de Pologne et sur sa réformation projetée”. En *Oeuvres Complètes*, v. III, Gallimard, 1964, p. 966. (La traducción es mía).

hacerse querer, etc., que le permiten manejar a su antojo a la servidumbre y estimularla para trabajar más y mejor¹¹.

En el tema religioso, Rousseau que, como buen protestante, defendió el libre examen y la posibilidad de usar la razón para interpretar las Sagradas Escrituras —en sintonía con las tesis socinianas—, excluye sin embargo de este derecho a las mujeres, que deben someterse a la autoridad del padre o del marido. La razón que alega es que son incapaces de juzgar por si mismas, por lo que es inútil —añade— tratar de razonar con ellas; únicamente hay que decirles lo que tienen que creer¹².

En pleno Siglo de las Luces, cuando los Ilustrados reivindican la libertad, la tolerancia religiosa y los derechos individuales, y las mujeres de *los Salones* desde la marquesa de Châtelet a Mademoiselle de Lespinasse conquistan la igualdad en el terreno intelectual, Rousseau sigue sustentando la visión tradicional de la mujer necesitada de tutela (p. 489) y condenada a su eterna función de esposa y madre. En una época en la que los abanderados de la emancipación femenina como Mme. Dupin, Diderot o Condorcet reclaman la igualdad de derechos, Rousseau continúa anclado en las concepciones patriarcales, permaneciendo ajeno al hecho de que en los círculos cultos, en los salones de la élite ilustrada, en los clubes y en los cafés, las mujeres se codean en pie de igualdad con los hombres y rivalizan con ellos en “esprit” y en conocimientos.

2.—*El despertar feminista*

Ese marco propició la aparición del movimiento feminista¹³ al combatir la creencia generalizada en que las diferencias entre los sexos eran invariables y universales, y al hacer hincapié en las posibilidades que ofrecía la educación para el progreso de la humanidad en general, y en particular de la mujer. La confianza en la instrucción como la gran fuerza transformadora de la sociedad y de las relaciones entre los sexos, es uno de los ejes del pensamiento ilustrado que más contribuyó a fomentar la liberación de la mujer, y que compartieron desde Mme d'Épinay a D'Alembert. Si aquélla ya constata que son las condiciones de vida de las mujeres las causantes de lo que se considera atributos esenciales femeninos, Condorcet aporta ya una solución al problema, proponiendo un sistema de instrucción pública iguali-

11. VILLAVERDE, María José: *Rousseau y el pensamiento de las Luces*, op. cit., p. 207 y ss.

12. Libro V, p. 721.

13. Introducción de PULEO, Alicia a *La Ilustración olvidada: la polémica de los sexos en el s. XVIII*. Cátedra: Madrid, p. 12 y ss.

taria para ambos sexos. También reclama en 1790 en *Sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía*, la extensión del derecho de voto —que había sido abolido por los revolucionarios— a todas las mujeres cabeza de familia propietarias, al considerar que no podían ser representadas por varones ya que sus intereses eran notoriamente diferentes. En su obra más conocida, *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, afirma que el progreso de la humanidad requiere acabar con los prejuicios sobre los sexos y establecer la igualdad entre ellos. Otro varón que defendió la igualdad natural de hombres y mujeres fue el caballero de Jaucourt, que tiene varias contribuciones a la *Enciclopedia*, y que abogó por el derecho de éstas a conservar la autoridad dentro del matrimonio mediante un contrato especial, cuando su rango, su fortuna o su mérito así lo requiriesen.

Las reivindicaciones feministas del XVIII, que tienen como denominador común la necesidad de garantizar los derechos naturales, culminan, como se ha dicho, en la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* de Olimpia de Gouges, texto que, inspirado en la famosa Declaración de derechos del hombre y del ciudadano, denuncia la discriminación contra la mujer que se esconde tras esa falsa universalidad, y en otras obras como la *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft, *Breve defensa de los derechos de las mujeres* de la italiana Rosa Califronia, *La causa de las mujeres* de la Ciudadana I.P.M., y tantos otros textos de similares características.

Parecería como si la brecha abierta en el XVIII fuera un camino sin retorno hacia la liberación de la mujer, como si el liberalismo hubiera sentado firmemente las bases para el reconocimiento de la mujer como sujeto autónomo y para garantizarla el pleno desarrollo de su individualidad. Sin embargo el pensamiento ilustrado estaba cuajado de contradicciones y el debate sobre si las diferencias entre hombres y mujeres eran producto de la naturaleza o de la cultura había terminado en tablas. Es más el desarrollo de las ciencias naturales y en especial de la biología durante el siglo XVIII aportó nuevos argumentos a los antifeministas. Si con su reconocimiento de los derechos humanos y su énfasis en el individuo, la Ilustración propició el nacimiento del feminismo, de su dimensión biologicista se alimentará el nuevo antifeminismo. La ambigüedad del pensamiento de las Luces, con su oscilación entre las explicaciones culturalistas y las justificaciones biológicas, afectó al propio Diderot. A pesar de su insistencia en la educación y en la necesidad de cambiar el marco legal para terminar con el sometimiento de la mujer, su intento de explicar la oposición de los caracteres femenino y masculino a partir de una base fisiológica, así como su hipótesis de que en la mujer predomina el corazón (o diafragma) reforzó las tesis de los detractores de la mujer¹⁴. Sus

14. PULEO, Alicia H., *op. cit.*, p. 15

razonamientos fueron desarrollados por el médico y precursor del Positivismo Cabanis¹⁵, quien conoció a Diderot en el salón de Mme. Helvétius, y quien sentó las bases para el desarrollo de una nueva teoría científica sobre la desigualdad social, en su obra *Les rapports du physique et du moral*.

3.—Logros y retrocesos en el siglo XIX

3.1.—Las nuevas teorías antifeministas de carácter pretendidamente científico

En el siglo XIX las tesis basadas en Aristóteles y en la argumentación religiosa se reactualizaron para legitimar la función tradicional de la mujer, para confinarla como antaño en el hogar, para excluirla del terreno literario y artístico, de la industria, del comercio y de la política. Este es el papel que cumplió la teoría de las dos esferas tal y como fue interpretada en 1864 por el escritor inglés John Ruskin en *Desde los jardines de la reina*. Ruskin concebía la división sexual como la mejor manera de complementar de forma armoniosa los roles y de reconciliar la vocación “natural” de la mujer con la utilidad social. El hogar, símbolo de la paz, que protege y aísla de todo daño, duda, terror y división, donde no hay tentación ni peligro, es el reino de la mujer, mientras que el mundo abierto, el universo del hombre es amenazante y peligroso. Retomaba así la teoría de la complementariedad que Schopenhauer había sostenido, y que relegaba a la mujer como segundo sexo sin paridad alguna con el primero, a una condición intermedia entre el hombre y el niño¹⁶.

Pero a finales de siglo para apuntalar el orden patriarcal que estaba siendo cuestionado se recurrió sobre todo a la ciencia, el nuevo ídolo, y a los argumentos biologicistas del siglo XVIII. La biología, que adquirió el espaldarazo de ciencia a partir de 1840 —como escribía Auguste Comte a John Stuart Mill en 1843— pareció confirmar definitivamente la jerarquía de los sexos, así como el papel de la mujer que vivía en un estado de infancia permanente y tenía su reino en la familia, donde debía ejercer sus funciones. También la Anatomía se utilizó para fundamentar la inferioridad de la mujer. El fisiólogo alemán Franz Joseph Gall, fundador de la Frenología, que estudiaba la conformación externa del cráneo como índice del desarrollo, se convirtió en abanderado del antifeminismo. En sus investigaciones presentadas en 1808 en

15. Fue amigo íntimo de otro defensor de los derechos de la mujer, Condorcet, a quien le proporcionó el veneno que éste utilizó para poner fin a sus días en prisión durante la época revolucionaria.

16. FRAISSE, Geneviève, “A Philosophical History of Sexual Difference”. En G. DUBY y M. PERROT: *A History of Worn in the West. Emerging Feminism from Revolution to World War*, IV-V, 1993, pp. 57-58.

el Institut de France, y publicadas el año siguiente en su libro *Recherches sur le système nerveux en général et sur celui du cerveau en particulier*, afirmaba que las mujeres tienen la frente más pequeña y más corta que los hombres y que su sistema nervioso es más irritable¹⁷. Insistía también en el pequeño volumen y en el poco peso de la masa cerebral de la mujer, en comparación con los del hombre, y deducía que lo masculino es sólido, perseverante, serio, fuerte, duro y capaz, mientras que lo femenino es suave, flexible, irritable y sensible. El anatomista y fisiólogo Bischoff aportó nuevos datos en su libro *Das Hungewicht des Menchen*, citado por Moebius. Después de pesar quinientos cincuenta y nueve cerebros de hombres y trescientos cuarenta y siete de mujeres, llegó a la conclusión de que el cerebro masculino es más pesado.

A partir de estos experimentos se podía demostrar, ahora de manera supuestamente científica, la delicada constitución de la mujer, enferma la mayor parte del tiempo, así como su inferioridad intelectual. Los médicos de la época victoriana creían que las funciones fisiológicas femeninas exigían aproximadamente un veinte por ciento de la actividad del cerebro, y que los lóbulos frontales eran más ligeros y estaban menos desarrollados que en los hombres¹⁸. La tesis expuesta por Spencer en *Los principios de la biología*, de 1864-65, y nuevamente en *Los principios de la ética*, de 1892-93, de que la actividad intelectual de la mujer es incompatible con la procreación, tuvo amplia aceptación. En un folleto aparecido en Viena en 1890, titulado *La mujer y la sociedad*, Konrad Ettl afirmaba que la mujer estaba incapacitada para participar tanto en la vida política como en la vida pública en general. Las mujeres —decía— están determinadas biológicamente y su función es mantener la familia como célula básica del Estado. Ese era también el eje de la teoría freudiana, de la que se ha dicho que es el paradigma de la idea patriarcal de la mujer¹⁹. En efecto, Freud afirma que la naturaleza femenina está determinada por el sexo, por su tendencia a la histeria, por su menor capacidad para sublimar sus instintos, etc., aunque es cierto que también se encuentran en las tesis del Padre del Psicoanálisis elementos a favor de la emancipación de la mujer.

En España un articulista llamado Pérez se hacía eco en la revista *España Moderna* de diciembre de 1895 de los trabajos de Psicología del doctor Benedikt de la Universidad de Viena, en los que confirmaba la oposición tradicional entre la acción, que constituía la principal característica masculina

17. SCANLON, Geraldine: *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*. Siglo XXI: Madrid, 1976, p. 164.

18. FINNEY, Gail: *Women in Modern Drama. Freud, Feminism and European Theater at the Turn-of-Century*. Ithaca: Cornell University Press, 1989, p. 2.

19. FINNEY, Gail, *op. cit.*, pp. 13-14 y 34-35.

y la ternura, rasgo femenino por excelencia. En otro artículo publicado en la misma revista y también de 1895, titulado *Las mujeres y el darwinismo*, se insistía asimismo en la menor capacidad reproductora de las mujeres de clase alta que llevan a cabo una excesiva actividad intelectual, y se advertía en términos apocalípticos de que el feminismo provocaba la pérdida de los caracteres sexuales y conducía a la extinción de la raza humana.

Entre las obras que tuvieron más aceptación en nuestro país figuran las de Theodore Joran, abanderado del antifeminismo francés, cuyo libro más importante *La mentira del Feminismo* fue publicado en 1905 coincidiendo con la séptima edición del folleto de Moebius, y que fue premiado por la Academia francesa. Otra obra suya, *Alrededor del Feminismo*, fue editada en España en 1907, siendo el propósito de la edición española, en palabras de la traductora, divulgar obras sanas como profilaxis social frente al feminismo que pretende extender sus enormes tentáculos en España²⁰. Joran establecía la conexión entre feminismo y anticlericalismo, y repetía las conocidas ideas de que el hombre se caracteriza por su inteligencia mientras que la mujer se define por su instinto, lo que la aproxima a la naturaleza animal y la convierte en seductora y atractiva. Recogía posteriormente todos los tópicos sobre las mujeres emancipadas, que no paren buenos hijos y que son malas madres, que la mujer debe ser “sana y tonta”, que debe abstenerse de rivalizar con los hombres²¹, etc. Pero el texto que más contribuyó a propagar las tesis antifeministas fue probablemente *La inferioridad mental de la mujer establecida por la Psicología*, del citado Paul Moebius, médico y psiquiatra alemán que alcanzó fama internacional con su folleto basado en el estudio de las diferencias anatómico-fisiológicas del cerebro.

3.2.—La situación de la mujer en el siglo XIX

Paralelamente al ascenso del antifeminismo se produjo en el siglo XIX un cierto retroceso en la situación de la mujer. Las mujeres del XVIII se habían beneficiado de ciertos logros igualitarios adquiridos durante la Revolución, aún cuando no siempre estuvieran reconocidos formalmente en los textos constitucionales de la época. En Prusia, por ejemplo, el nuevo Código general de 1794 reconocía el divorcio y el matrimonio civil. Al no ser considerado éste un sacramento indisoluble como en los países católicos, las autoridades religiosas de cada territorio, o en su defecto las políticas, no pusieron dificultades para aceptar como causa de disolución del matrimonio la incompatibi-

20. JORAN, Theodore: *Alrededor del Feminismo*. F. Sempere y Cía, 1909.

21. JORAN, Theodore: *op. cit.*, p. 101.

lidad de caracteres²². El código garantizaba asimismo la igualdad de los sexos así como el respeto absoluto a la voluntad individual, y es sin duda la legislación más avanzada de finales del XVIII²³.

El divorcio será posteriormente abolido entre 1816 y 1875, para ser restablecido ese año con numerosas restricciones jurídicas. Otra prueba del empeoramiento de la situación femenina en el siglo XIX es la exclusión de las mujeres alemanas de las Academias donde habían sido admitidas en el siglo XVIII²⁴. Como consecuencia de esta involución, un cierto desaliento late en los escritos de las mujeres de comienzos de siglo. Clémence Robert, en su antología poética publicada en 1839 *Paris silhouette*, describe la jaula dorada que constituye el marco cotidiano de la mujer:

Soy mujer
Nacida aquí, aquí moriré. Ningún viaje feliz
Abrirá mi horizonte con sus alas.
No conoceré nada del mundo
más allá de este muro que rodea mi hogar..
Soy mujer.
Seguiré en mi recinto vallado..
En las épocas que trazan un surco en la memoria
jamás podré revivir.
Ninguna palabra hablará de mí.
Soy mujer.

Igual desesperanza manifiesta el mensaje-testamento de Marie-Reine Guindorf, una trabajadora francesa seguidora de las teorías de Saint-Simon que afirma que una mujer no debe traspasar el estrecho círculo que ha sido trazado a su alrededor. Ella, que tuvo la audacia de hacerlo, acabó suicidándose al tomar conciencia de su fracaso²⁵.

Un desencanto semejante se percibe en los escritos de finales del XIX y comienzos del XX de la más importante escritora feminista vienesa, Rosa Mayreder, que rebosan fatalismo, impotencia y desesperanza. Mayreder describe la lucha de la mujer por convertirse en individuo, su enfrentamiento contra la tiranía de las normas sociales, y su derrota final, como si una implacable “ley de hierro” impidiera que se hiciera realidad la emancipación

22. HOOK-DEMARLE, Marie: *La femme au temps de Goethe*. Stock. Paris, 1987, pp. 154-155.

23. Es curioso que un país de la coalición contrarrevolucionaria adopte después e incluso se anticipe en ocasiones a las leyes que proclamará la República francesa.

24. Según el testimonio de Bonnie ANDERSON y Judith P. ZINSSER. *Historia de las mujeres: una historia propia*. Crítica: Barcelona, 1991, vol. 2, p. 201.

25. PERROT, Michelle: “Stepping out”. En *A History of Women in the West*. op. cit., p. 449.

femenina. En *Tres cartas*, por ejemplo, narra el intento de una mujer por vivir conforme a sus sentimientos y de espaldas a las convenciones que sitúan el honor por encima del amor, el desprecio de su amante que se guía por esas mismas normas y su capitulación final, simbolizada en esa sonrisa-máscara con la que intenta ocultar su infortunio ante los ojos de los demás²⁶. En *Idolo*, Gisa, la protagonista, tampoco es capaz de superar los códigos establecidos en el amor. La alternativa que propone Mayreder, el ideal sintético que trasciende los dos modelos tradicionales, el masculino y el femenino, y que aúna en el andrógino las cualidades atribuidas tradicionalmente a los dos sexos, también fracasa. Mayreder da a entender que la sociedad no está aún madura para aceptar ese ideal y que a quienes lo intenten les espera irremediablemente la derrota y el sufrimiento.

La decepción que se palpa en estos textos tiene que ver tanto con expectativas no cumplidas como con el empeoramiento de la condición de las mujeres de clase media al perder el rol social de que gozaban en las sociedades pre-industriales, ante el avance de la industrialización, al pasar la unidad familiar de productora a simple consumidora y al quedar desgajado el trabajo productivo del hogar²⁷. Casadas mediante los típicos matrimonios de conveniencia, a los que Janik y Toulmin se refieren como el “business character of bourgeois marriage” en los que el amor estaba ausente, soportaban la doble moral impuesta por la sociedad victoriana²⁸ que cerraba los ojos ante las infidelidades masculinas —cuando no las fomentaba más o menos discretamente²⁹—, pero que perseguía con saña el adulterio femenino³⁰ salvo entre las clases altas que gozaban de mayor libertad. Carentes de una formación intelectual sólida —con la excepción de las hijas de familias liberales judías³¹—, porque “el estudio estropeaba la figura y volvía calvas a las

26. ANDERSON, Harriet: “Rosa Mayreder”. En D.G. Davian de.: *Mayor Figures of Turn-of-the-Century Austrian Literature*. Ariadne Press, Rierside: California, 1991, p. 264.

27. LOVENDUSKI, Joni: *Women and European politics: contemporary feminism and public policy*. Wheatshaeaf Books: Brighton sussex, 1986, pp. 16-17.

28. FINNEY, Gail: *op. cit.*, p. 39.

29. Así ocurría, por ejemplo, en la sociedad vienesa donde a los hijos de familias “bien” se les facilitaba el trato sexual con una de las sirvientas para “desahogar” sus necesidades. Ver *La Ronda*, del escritor austríaco SCHNITZLER.

30. El adulterio femenino era particularmente condenado en las familias judías tradicionales. Ver George E. BERKLEY. *Vienna and its Jews. The tragedy of success. 1880s-1980s*. Abt Books-Madison Books, 1988, p. 21.

31. Ver Nancy L. GREEN, “The making of the modern jewish woman”. En *A History of Women in the West*, *op. cit.*, p. 213 y ss. La burguesía judía tenía una creencia casi fanática en los valores intelectuales y estéticos, y concebían la cultura como un logro espiritual o como una continuación de la herencia judía del aprendizaje. No obstante, no hay que deducir de todo esto que la educación que se ofrecía a las chicas judías pretendiera prepararlas para ejercer una carrera profesional, pues generalmente se trataba tan sólo de adornar su ya

mujeres”, se las educaba exclusivamente para la belleza³², frustrando así toda posibilidad de compensar sus insatisfacciones en la esfera del conocimiento. En efecto, con el cambio de siglo, muy pocas mujeres lograron alcanzar en el mundo artístico e intelectual el lugar que les correspondía. Fanny Mendelssohn, hermana del famoso Félix Mendelssohn, vio como su talento musical era continuamente despreciado tanto por su hermano como por su padre. Este insistía en que la música podía ser para su hermano una profesión pero para ella sólo podía constituir un adorno. “Permanece fiel a este sentir y a esta línea de conducta, son femeninos y sólo lo que es auténticamente femenino es un adorno para tu sexo”. Su hermano la disuadió de que publicara su trabajo, convencido como su padre de que el hogar y la familia debían estar en primer lugar. “Mis canciones siguen ignoradas y desconocidas. Si nadie me da nunca una opinión o se toma el menor interés por mi trabajo, acabaré perdiendo no sólo el gusto por él sino toda capacidad para juzgar su valor... No puedo evitar creer que es una señal de talento el que siga sin rendirme, aunque no consigo que nadie se tome interés alguno en mi obra”. Aunque se hizo concertista de piano en 1838, sólo consiguió publicar dos volúmenes de su música poco tiempo antes de morir en 1847. Una experiencia similar tuvo Clara Wieck Schumann, que alcanzó reconocimiento internacional como pianista pero nunca como compositora. A pesar de contar con el inusual apoyo tanto de su padre como de su marido, Robert Schumann, denigraba y subestimaba constantemente su trabajo y decidió subordinar su carrera a la de él, considerando que el cuidado de sus ocho hijos y de su casa era prioritario. Sólo cuando la depresión de su marido la obligó a dar conciertos para mantener a su familia, se dedicó a la música.

En el terreno literario de lengua germana, aunque destacaron figuras como la premio Nobel de la Paz, Berta von Suttner, famosa por sus novelas pacifistas, Marie Ebner-Eschenbach, Berta Szeps, conocida por sus críticas de arte y su participación en la creación del movimiento de la Secession además de por su valioso libro de memorias, Rosa Mayreder, que cultivó todo tipo de géneros, incluido el libreto operístico, etc., se les asignaba habitualmente un único campo, el de los diarios, las memorias y las cartas. El teatro les estaba vedado, probablemente porque aún seguía vigente la máxima de Voltaire de

elevado status social con cualidades estéticas e intelectuales. Ver Hilde SPIEL “Jewish Women in Austrian Culture”. En J. FRAENKEL (ed.), *The Jews of Austria. Essays on their Life, History and Destruction*. Vallentine: London, 1970, p. 110.

32. Víctima de esta mentalidad fue la propia Rosa Mayreder a quien se negó la instrucción que recibieron sus hermanos, y a quien se prohibió la gimnasia por miedo a que se alargaran las manos, a la vez que se la obligaba a llevar corsé desde los doce años y zapatos de menor talla para que se le redujeran los pies.

que era un “asunto de testículos”³³. Y si se atrevían a trascender el único terreno acotado que se les toleraba, el de la intimidad y los sentimientos, se encontraban con una hostilidad generalizada, como le ocurrió a Marie Ebner-Eschenbach cuya familia ignoró siempre su actividad literaria. La literatura permitida era la de las tres K: “kinder, kirche, kurche”, es decir, niños, iglesia y cocina, como la practicada por Eugenie Marlitt para disuadir a las mujeres de salir del entorno familiar.

En el terreno educativo solamente una minoría de mujeres logró acceder a las universidades europeas, que en el siglo XIX eran en la práctica reductos masculinos, aunque Zurich admitía a mujeres y por sus aulas pasaron las grandes figuras femeninas de la época. A pesar de que, por lo general, no había obstáculos legales para impedirles el acceso, una multitud de impedimentos prácticos las disuadía. Por una parte no recibían preparación para el examen de acceso, y por otra tenían que vencer, además de la oposición familiar, las burlas y el hostigamiento de profesores y alumnos. En 1897 una estudiante llamada Gabriele von Posner se convirtió en la primera doctora austriaca, después de cursar estudios en Suiza. Pero como las autoridades de la Universidad de Viena se negaban a creer que una mujer fuera capaz de conseguir ese título, le exigieron que realizara un nuevo examen. Algunos años más tarde, otra mujer, Gertrude Bien, aprobó el examen de acceso a la facultad de medicina de Viena. Obligadas a admitirla, las autoridades académicas la impusieron como condición que se sentara en la última fila, que no hiciera preguntas ni comentario algunos, y que se vistiera con ropas masculinas para pasar desapercibida. En 1895, sólo existían en Viena, la capital del Imperio Austro-húngaro, cinco escuelas secundarias femeninas, todas ellas privadas, y no había ninguna que preparase para el acceso a la universidad porque el Ministro de Educación se había opuesto a su creación³⁴, argumentando que ni el interés de la sociedad ni el de las mujeres requería arrancarlas de su “vocación natural” y orientarlas hacia profesiones que no fueran “específicamente femeninas”. Berta Szeps-Zuckerandl, que jugó un importante papel en las artes y en la política austriaca, cuenta en sus memorias que su marido estaba a favor de la admisión de las mujeres en la Universidad y que consiguió contratar como asistente en la Facultad de Medicina a Gertrude Bien, a pesar de las protestas del decano que le recriminó diciéndole que, como anatomista, debía saber que los cerebros de las mujeres están menos desarrollados que los de los hombres³⁵. En cuanto a las mujeres alemanas,

33. FINNEY, G., *op. cit.*, p. 17.

34. ANDERSON, Harriet: *Utopian feminism. Womwn's movements in "fin de siècle" Vienna*. Yale University Press: New Haven, 1992, p. 32.

35. SZEPS, Berta: *My life and history*. New York, 1939, p. 133.

hasta 1893 no se les permitió estudiar para conseguir el *Abitur* necesario para el acceso a la universidad, y hasta 1894 no hubo estudiantes femeninas matriculadas en ninguna universidad alemana.

Las actitudes patriarcales seguían pues estando generalizadas en el XIX. Tanto en Europa como en América, las mujeres estaban bajo la autoridad legal de sus maridos³⁶, y necesitaban un permiso para poder ejercer cualquier trabajo. En la Alemania de los años treinta, se las trataba como menores y hasta finales de los sesenta, en la mayoría de los estados alemanes subsistió el derecho de tutela, según el cual el padre era el tutor legal de sus hijas hasta que, al casarse, dicho derecho pasaba automáticamente al marido. En caso de fallecimiento del marido, la viuda estaba obligada a elegir un curador, sin cuyo consentimiento y firma no podía tomar ninguna decisión de carácter jurídico o contractual. Al esposo se le aconsejaba utilizar castigos corporales moderados para corregir a su mujer, salvo en el caso de que ésta estuviese embarazada. Cuando en 1816, como se ha dicho, el divorcio quedó abolido, la presión social convirtió en insoportable la situación de los divorciados, pero sobre todo de las divorciadas³⁷.

Respecto a los derechos políticos, en Alemania no se permitió a las mujeres pertenecer a organizaciones políticas hasta 1908, y ni siquiera podían asistir a mítines de estas asociaciones. En el Imperio Austro-húngaro, las mujeres obtuvieron el derecho de voto activo en los Estados de Austria, Bohemia y Steiermark en 1861, pero fue abolido en 1888. En Francia la implantación del Código civil de Napoleón representó un retroceso para las mujeres con relación a su situación en la época revolucionaria. El artículo 213 establecía la subordinación de la esposa al marido, el 214 la obligaba a residir en el domicilio elegido por su cónyuge, el 217 disponía que no podía disfrutar de sus rentas personales sin la autorización conyugal, y el 267 determinaba que, en caso de divorcio, los hijos quedarían bajo la custodia del marido. En caso de adulterio, se podía penalizar al esposo impidiéndole contraer matrimonio con su amante, pero la adúltera podía sufrir una condena de entre tres meses y dos años, según el artículo 298. Como consecuencia, con Napoleón el marido se convirtió en el dictador del hogar³⁸. Es cierto, sin embargo, que los países protestantes, sobre todo los más influenciados por el calvinismo, como los Estados Unidos, Inglaterra, los Países Bajos y los

36. ARNAUD-DUC, Nicole: "The Law's Contradiction". En G. DUBY y M. PERROT: *A History of Women in the West. Emerging Feminism from Revolution to World War*, IV, 1993, p. 97.

37. WALLE, Marianne: *Contribution à l'histoire des femmes allemandes entre 1848 et 1920 à travers les itinéraires de Louise Otto, Hélène Lange, Clara Zetkin et Lily Braun*. Tesis inédita presentada en la Universidad de Paris VII. Tomo I .

38. LOVENDUSKI, Joni, *op. cit.*, p. 15.

Países Escandinavos, fueron más liberales en su actitud hacia la mujer que los católicos como Francia o Austria³⁹.

3.3.—El antifeminismo en las producciones artísticas

En la Europa de finales de siglo, la hostilidad hacia las mujeres se incrementó tanto⁴⁰ como respuesta a su movilización y a su organización, que se empezó a hablar de guerra de sexos. Expresión de este clima de enfrentamientos es la obra de Alejandro Dumas *Mujeres que matan y mujeres que votan*, de 1880, en la que exhortaba a las autoridades públicas a introducir reformas. Concedánles sus derechos —afirmaba— o nos matarán. Barbey d'Aurevilly se lamentaba que el acceso de George Sand a la Academia francesa relegaría a los hombres a la cocina a hacer computas, y en los grabados franceses de la época se refleja la misma consternación ante las reivindicaciones femeninas. En la literatura de habla inglesa encontramos un ejemplo claro de animadversión hacia el movimiento feminista en la novela *Drácula* de Bram Stoker, publicada en 1897. Salli J. Kline ha puesto de manifiesto el simbolismo oculto tras la trama, en un estudio elaborado a partir de la crítica cultural realizada por Max Nordau en su libro *Degeneración*, de 1891-92, así como de las tesis de César Lombroso sobre los rasgos del delincuente expuestas en *El hombre delincuente*, de 1876. Según su tesis, Drácula representaría el espíritu de la libertad individual encarnado en la Francia de finales de siglo, que va infectando a las mujeres y convirtiéndolas en diablas ávidas de poder y de libertad personal⁴¹.

En la literatura germánica también se manifiesta la amenaza de esa “nueva Eva”⁴² que reclama sus derechos y cuestiona el orden patriarcal. El retorno a una nueva etapa de matriarcado como la que describía el jurista e historiador suizo Bachofen⁴³ en 1861, aterrorizaba a los austriacos. Las tesis

39. Para el modelo católico, ver Michela De GIORGIO, “The Catholic Model”. En *A History of Women in the West*, p. 172 y ss. Para el protestante, ver Jean BAUBÉROT, “The Protestant Woman”, en la misma obra, p. 206.

40. La escritora francesa Mme de STAËL se lamentaba de la falta de libertad que en muchos aspectos tenía la mujer victoriana, comparándola con la aristócrata del siglo de las Luces. Ver Genviève FRAISSE and Michelle PERRON, “Orders and Liberties”. En *A History of Women in the West*, *op. cit.*, p. 3.

41. *The Degeneration of Women. Bram Stoker's Dracula as allegorical criticism of the fin de siècle*. CMZ-Verlag, Rheinbach-Merzbach, 1992, p. 284-285.

42. El éxito del término fue tal que lo utilizaron escritores de varios países como D.H. LAWRENCE y Jules BOIS.

43. En su libro *El matriarcado* planteaba la hipótesis de que la familia había tenido una evolución, y que su primera forma habría sido la “ginecocracia”, siendo su historia posterior una lucha entre hombres y mujeres por el poder.

de Bachofen tuvieron amplia repercusión entre los artistas vieneses de fin de siglo que identificaban la era arcaica de la Antigüedad con la “ginecocracia”, y que recuperaron figuras como Atenea, la Medusa, Electra, Clitemnestra o Ariadna —que en el libreto de Hofmannsthal para la ópera *Ariadna en Naxos* es representada como una mujer loca y salvaje—. Tanto la *Electra* de Hofmannsthal que simboliza la barbarie y la anarquía, como la mujer “lunar” de Kokoschka, imagen de pesadilla que conduce a la muerte, aluden al mito del matriarcado⁴⁴. Son el exponente de un nuevo tipo de mujer que, como confesaba Hofmannsthal a Schnitzler, provoca miedo. Theodor Reik, que fue discípulo de Freud, se refería al matriarcado como una época en que mujeres gigantescas parecidas a las amazonas, de gran promiscuidad e instinto maternal, gobernaban la sociedad primitiva. La conclusión a la que llegaba era que el hombre debía acabar de una vez por todas con el dominio de la mujer⁴⁵.

En pintura es sobre todo Klimt quien mejor expresa los temores masculinos ante el dominio de la mujer. En una de las telas que realizó para el techo de la Universidad de Viena “Jurisprudencia”, la única que tiene como eje central una figura masculina, aparece un hombre desnudo y atenazado por unos brazos de pulpo que lo atrapan dentro de una trampa que simboliza el útero, según la interpretación ofrecida por Carl Schorske. El hombre aparece rodeado por tres figuras femeninas, desnudas y de gran belleza, que simbolizan las tres furias que presiden la ejecución. Al restablecer el poder de las “hijas de la noche”, es decir de los instintos, de lo reprimido, Klimt ha invertido la simbología clásica y ha querido representar de manera plástica el cuestionamiento de la virilidad, que en esa época se asociaba con la aparición de un nuevo tipo de mujer, independiente y emancipada, que rompía con el arquetipo tradicional de la niña-mujer, sumisa y virginal. En otra de sus pinturas, *Medicina*, trata el tema de la bisexualidad, que si bien pone de manifiesto el interés por el hermafroditismo y el despertar homosexual de finales de siglo, también se ha entendido como expresión del miedo masculino ante la impotencia⁴⁶. La desazón que se palpa en estas telas muestra que el hombre finisecular necesitaba apuntalar su vacilante identidad sexual, y que quienes parecían obstaculizar dicha tarea eran las mujeres. La creciente feminización de la cultura y del arte, que se manifestaba en la pasión por lo ornamental y el diseño, en un cierto tipo de gusto musical (el vals), así como en el florecimiento de los salones controlados por las mujeres, reflejaba claramente la pérdida de poder masculino.

44. BISANZ, Hans: “Oskar Kokoschka. De la primavera sagrada a la primavera salvaje”. *Debats, op. cit.*, p. 44.

45. *Debats*, número monográfico sobre Viena 1880-1938, Institució Valenciana d’etudis i investigació, Ediciones Alfons el Magnanim, n 18, diciembre 1986, p. 92.

46. Ver SCHORSKE, Carl: *Viena fin de siglo*. G. Gili: Barcelona, 1981, p. 249 y ss.

3.4.—La crisis finisecular como crisis de género

Pero el miedo a las mujeres que se había ido incrementando a lo largo del siglo culminó a comienzos del siglo XX, cuando se hizo patente la fuerza de las organizaciones feministas que se habían constituido en las últimas décadas. Algunas agrupaciones como la Unión Social y Política de las Mujeres, creada en 1903 por Emmeline Pankhurst, recurrieron a la violencia, reventando mítines y apedreando establecimientos. La reacción de los antifeministas no se hizo esperar. En una de las declaraciones más provocativas de la historia, Marinetti llamaba a combatir el feminismo en su famoso *Manifiesto del Futurismo*, de 1909: “Queremos glorificar la guerra —única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las hermosas ideas que matan y el desprecio hacia la mujer”.

Lo que estaba en juego era el resquebrajamiento del orden patriarcal. Pero lo que hacía peligrar el viejo orden no era tanto la lucha por la liberación de la mujer como la irrupción del mundo capitalista, con su consiguiente proceso de industrialización que había producido cambios fundamentales en la unidad familiar y la incorporación de la mujer al trabajo. En ese nuevo marco inquietante y amenazador del mundo moderno en el que los antiguos valores masculinos se han quedado obsoletos, en esa sociedad “hermafrodita”, según la expresión de Barbey D’Aurevilly, poblada de “semi-machos”, como señala Barrès, “un mundo cuya virilidad flaquea”, añade Zola⁴⁷, no es que el hombre haya perdido sus atributos, como afirma Robert Musil, es que ha perdido el control de un universo en el que las antiguas certezas han desaparecido y en su lugar han surgido fuerzas amenazadoras. Y cuando ese hombre pretende resarcirse de su frustración en el hogar y afirmar su autoestima en las relaciones de dominación con su mujer, se encuentra con la sorpresa de que ésta reclama ser tratada como una igual.

Así la crisis finisecular es percibida como una crisis de género. Como apunta Rosa Mayreder, el vacío de valores que se instaura en la sociedad es una puerta abierta para que la mujer tenga por fin la oportunidad histórica de ocupar dicho vacío. Pero el cuestionamiento de los valores, que Freud analiza en *El malestar de la cultura* y que provocó en la sociedad vienesa una oleada de suicidios, afectó a toda Europa. La neurosis de fin de siglo, le *grand malaise*, o *the gret unres*, del que se hablará en Inglaterra en 1900 y después en 1914⁴⁸, ya habían sido denunciados por Nietzsche en *La gaya ciencia*,

47. Citado por MAUGUE, Annelise: “The New Eve and the Old Adam”. En *A History of Women in the West*, *op. cit.*, p. 526.

48. NOUSCHI, Marc: *Historia del siglo XX. Todos los mundos, el mundo*. Cátedra: Madrid, 1996, p. 34.

cuando proclamaba la muerte de Dios, el fin de los valores e ideales del mundo moderno y el advenimiento del nihilismo. “Paso a los que vibran, paso a la histeria, paso a la neurosis” era el lema de una generación que engendró la cultura del nervio, o como la definiría Max Nordau, la del malestar airado⁴⁹.

Ese era el marco propicio para el florecimiento del antifeminismo, que afectó a finales de siglo a todos los sectores de la población, desde los campesinos que apedreaban a las mujeres que montaban en bicicleta, a los sacerdotes que se negaban a confesar a las mujeres emancipadas. Ni siquiera los círculos cultos fueron ajenos a estas actitudes. Cuando Gustav Mahler contrae matrimonio con Alma María Schindler en 1902 y ésta le manifiesta su deseo de seguir componiendo música, la respuesta que recibe es contundente: “Desde ahora tu única ocupación será hacerme feliz”⁵⁰. Una actitud similar es la adoptada por Freud en la época de su noviazgo con Martha Bernays, cuando deja claro en su correspondencia que quiere una esposa tradicional. En una carta del 15 de noviembre de 1883, escribe que contrariamente a la opinión sostenida por John Stuart Mill en *La sujeción de las mujeres*, libro que el propio Freud había traducido al alemán por encargo, él está convencido de que la mujer debe ocuparse de las tareas del hogar y de la educación de los hijos, y que le parece inaceptable que se lance a la calle para ganarse la vida y competir con los hombres. Ello conduciría a la desaparición de “la cosa más deliciosa que el mundo nos puede ofrecer: nuestro ideal de feminidad”⁵¹. Pero ese comportamiento patriarcal de Freud no es inusual, a tenor de la prohibición que hizo a su hija Anna para que estudiara en la Universidad.

Este talante era compartido por muchos intelectuales vieneses de la época, seguidores de Schopenhauer y de Nietzsche, que no aceptaban a las mujeres en el terreno literario. Los escritores Fritz Wittels, Karl Kraus y Otto Grass, entre otros, y el pintor Oskar Kokoschka valoraban a las mujeres como musas pero consideraban que la cultura era un asunto de hombres. Karl Kraus escribía que la mujer es una criatura falsa, fundamentalmente sexual y anti-social, cuya cabeza sirve únicamente como almohada para el hombre. Y Otto Grass afirmaba que la mujer representa los valores de la contracultura y de la existencia primitiva.

El propio Marx fue incapaz de sustraerse a la visión de la mujer dominante en la época victoriana, a la que se suponía desvalida y necesitada de

49. Citado por VEGA, Miguel Angel en la introducción al libro de Arthur SCHNITZLER, *La ronda. Anatol. Ensayos y Aforismos*. Cátedra: Madrid, 1996, p. 38.

50. BERTIN, Celia: *La femme à Vienne au temps de Freud*. Stock/Laurence Pernoud, 1989, p. 231.

51. BERTIN, Celia: *op. cit.*, p. 87-88.

tutela, como lo demuestra el hecho de que pidiera informes sobre la solvencia de Paul Lafargue, su futuro yerno, antes de concederle la mano de una de sus hijas. Con relación a su mujer, Jenny, parece que tuvo el comportamiento estereotipado del marido que descarga todos los asuntos domésticos sobre su mujer. Con frecuencia se quejaba ante Engels de no poder trabajar debido a los problemas cotidianos y a las llantinas de su esposa condenada a traer al mundo, año tras año, durante la primera época de su matrimonio a un hijo tras otro. Jenny Marx, que en su juventud fue considerada como “la reina de los bailes de Treves”, se convirtió rápidamente en una mujer ajada y envejecida, que además de dedicarse a las tareas del hogar, ejercía de secretaria de su marido, copiaba sus manuscritos, se ocupaba de la correspondencia e incluso era la encargada de requerir a los editores el pago de las obras de su esposo. En cuanto a sus tres hijas, tuvieron una educación muy conformista. La familia entera giraba en torno a la obra de Marx, ante la que debía sacrificarse⁵². Las relaciones de Marx con su familia no son, sin embargo, una excepción en el campo socialista, pues la compañera con la que Engels convivió muchos años no sabía leer ni escribir, y no parece que el dirigente socialista se esforzara excesivamente en sacarla de su analfabetismo.

3.5.—El arquetipo de la “femme fatale” y la “nueva Eva”

Pero el arquetipo femenino tradicional al que no lograron sustraerse Marx, Freud o Mahler sufrió una metamorfosis a finales de siglo con el surgimiento de los llamados “ídolos de perversidad”⁵³, entre los que destaca el mito de la “femme fatale” que, aunque aparece íntimamente asociado a la Modernidad es, sin embargo, un mito tan antiguo como la literatura pues sus orígenes se remontan a Helena de Troya. La descripción inicial corresponde a Mario Praz en *La agonía romántica*, pero la primera mujer fatal es la Cleopatra de Gautier de 1845 que mata a sus amantes después de hacer el amor con ellos. Los cuadros de Klimt ofrecen numerosos ejemplos a partir de 1898 de mujeres-como-serpientes, según la célebre expresión de Carl Schörske⁵⁴,

52. *Les filles de Marx. Lettres inédites*. Collection Bottigelli. Paris: Fayard, 1979, p. 74.

53. Ver DIJKSTRA, Bram: *Ídolos de perversidad*. La imagen de la mujer en la cultura de fin de siglo. Debate, Barcelona, 1994. Es cierto, sin embargo, que la figura más común, la de la madre, se había reforzado en las décadas posteriores a las revoluciones de 1848, debido al interés por reafirmar el orden patriarcal, que estaba siendo cuestionado. De ahí la insistencia en los temas relacionados con el papel tradicional de la mujer, y en particular el de la maternidad. Como consecuencia, en el arte y la literatura abundan las figuras femeninas representadas como hijas obedientes y castas, madres abnegadas y sacrificadas, y esposas entregadas.

54. Ver *Viena fin de siglo*. G. GILI, Barcelona, 1981, p. 268 y ss.

mujeres tentaculares que aprisionan con sus cabelleras al hombre, mujeres con garras que simbolizan la trampa o la amenaza de la castración. La imagen amable de la feminidad de la etapa anterior que se manifestaba en pinturas como "Schubert", donde la mujer no cuestiona el orden, es sustituida por una figura opuesta, peligrosa y seductora. Si en la primera etapa Klimt circunscribía a la mujer al ámbito de lo doméstico, de acuerdo con la teoría de las dos esferas de Ruskin, en la segunda muestra una imagen amenazadora de la mujer, presentándola como activista, como trabajadora o como prostituta.

En la literatura vienesa, la mujer fatal de las obras de Schnitzler conduce a sus amantes a la desesperación o a la muerte en el campo del honor. Deseosa de placer y exenta de cualquier sentimiento de culpa, lo único que pone freno a su comportamiento amoral es la opinión pública y su reputación social. Pero más aún que los personajes femeninos de Schnitzler que dan réplica a Anatol, los dos símbolos literarios por excelencia de este arquetipo son la *Salomé* de Wilde y la *Lulú* de Wedekind. Lulú encarna a la vez la belleza y el mal, el instinto y la animalidad. Representa la naturaleza originaria de la mujer. Muestra, en consecuencia, la ambivalencia de los hombres hacia las mujeres y constituye un típico producto de la sociedad finisecular en el que están presentes los temas del incesto, el amor homosexual y la amoralidad. Hollywood hará suyo posteriormente dicho arquetipo y lo popularizará en figuras como Greta Garbo o Marlene Dietrich.

Pero junto a esas idealizaciones, la literatura europea de fin de siglo ofrece numerosas descripciones del nuevo tipo de mujer autónoma y liberada que estaba surgiendo, la "nueva Eva". Los escritores de la época eran conscientes de la importancia de los cambios que se estaban produciendo, y de ahí la abundancia de papeles femeninos de estas características que se encuentran en el teatro europeo a partir de 1870, desde la Nora Helmer y la Hedda Gabler de Ibsen, a la Laura y la señorita Julia de Strindberg, o la Cándida de Shaw. Pero la encarnación por excelencia de la mujer liberada es la Nora de *Casa de muñecas*. La obra fue leída, traducida, representada, y plagiada en toda Europa, lo que no deja de ser sorprendente teniendo en cuenta la inverosimilitud del desenlace. En efecto, Nora no solamente abandona a un marido que la quiere sino que abandona también a sus hijos. El portazo final con el que termina la obra y con el que finaliza también esa etapa de su vida, no puede conducirla más que a la inseguridad y a la infelicidad, pues no tiene a ningún otro hombre esperándola ni ninguna situación prometedor, ni siquiera vocación alguna. Pero tal vez ahí resida precisamente el gancho de la obra. Nora decide romper con su vida anterior sin ninguna razón válida para hacerlo, más allá de su deseo de dejar de ser una posesión de otra persona, sea ésta su padre o su marido, y de vivir su vida sin depender de nadie, sin estar arropada por nadie, una vida autónoma e independiente que evidentemente carecerá del confort y de la protección de la que abandona. Probablemente eso fue lo que

la convirtió en el símbolo de la emancipación de la mujer a pesar del propio Ibsen quien, en una conferencia ante la Liga para los Derechos de las Mujeres Noruegas pronunciada en 1898, afirmaba que él en realidad no sabía lo que era la emancipación de la mujer y que lo que realmente le preocupaba era la liberación del ser humano⁵⁵. Pero posiblemente fue Robert Musil quien más contribuyó a entender el éxito de *Casa de muñecas* cuando escribió, refiriéndose al nacimiento del movimiento feminista, que la mujer se había cansado de ser el ideal del hombre y que quería establecer ella misma sus propios ideales.

Ahora bien si en la literatura fue Nora quien encarnó el símbolo de la mujer liberada, en la vida real fue George Sand el modelo imitado por muchas mujeres que se cortaron el pelo "a lo garçon" como se diría más tarde, se pusieron ropa de hombre y renunciaron a las características externas de la "feminidad". Estas mujeres que se enorgullecían de mostrar ante la sociedad los signos de su emancipación, eran vistas por sus contemporáneos como "hors sexe". Eran mujeres que habían renunciado a lo que constituía su máximo valor, la feminidad, y que estaban negándose a si mismas y transgrediendo los límites establecidos por la naturaleza y el Creador, para introducirse en la esfera del hombre y en los terrenos acotados por éste del sexo, el trabajo y el poder. Emile Zola expresaba muy bien el punto de vista masculino cuando describía la sociedad ideal como un lugar en el que la mujer debía tener los mismos derechos que el hombre, y ejercer todas las actividades tradicionalmente reservadas a él, pudiendo permanecer soltera si lo deseaba. Pero a renglón seguido se preguntaba para qué iba a querer la mujer mutilarse de ese modo. Para él la emancipación equivalía a no casarse, a ser casta, asexual y mutilada. Sin duda la "nueva Eva" había conquistado su liberación, pero a cambio había perdido su condición de mujer.

Una tesis diferente fue la expuesta por Otto Weininger en *Sexo y carácter*⁵⁶, donde desarrolló la teoría de la bisexualidad sobre la que trabajaban en la misma época Freud y uno de sus colaboradores, Wilhelm Fliess. Esta teoría de la bisexualidad no fue patrimonio exclusivo de los antifeministas, sino que fue también retomada por Rosa Mayreder para quien dicha hipótesis permitía trascender la dicotomía hombre-mujer, sensibilidad-inteligencia, sentimiento-razón, etc., y aunar en un modelo común, sintético y andrógino, las características asignadas tradicionalmente a ambos sexos. Pero las conclusiones a las que llegaba Weininger eran muy diferentes. Opinaba, como Mayreder y a diferencia de Freud, que la bisexualidad no era la excepción sino la regla y que todos los seres humanos tienen un componente masculino, que se asocia

55. FINNEY, G., *op. cit.*, p. 149.

56. Península, Barcelona, 1985, p. 74 y ss.

comúnmente con la inteligencia y la racionalidad, y otro componente femenino, identificado con el instinto y la reproducción, fundamentándose las leyes de la atracción sexual sobre la proporción de elementos masculinos y femeninos que configuran cada individuo. Pero de ahí deducía que la necesidad de emancipación que sienten determinadas mujeres está determinada por el predominio de los componentes masculinos que poseen. Es únicamente el hombre que hay en ellas, es decir su parte masculina, lo que les induce a la liberación porque la mujer como tal es feliz siendo esclava. Desde esta perspectiva, la mujer “masculina” es sinónimo de progreso, mientras que la femineidad es asociada por Weininger con falta de voluntad, de moralidad y de alma. Mientras que la mujer para cumplir su destino no tiene más que abandonarse a las leyes de la naturaleza, a la llamada de lo carnal y de la procreación, la realización del destino del hombre requiere un enorme y doloroso esfuerzo, puesto que a él se le exige la genialidad. Al basarse en un principio masculino, el feminismo no puede ser más que radicalmente antinatural. Según Le Rider⁵⁷ las críticas de Weininger a la mujer no son sino una manifestación de la crisis de la masculinidad y revelan a través de su odio a la mujer, su miedo. Con él la tradición occidental de la misoginia alcanza su cenit.

La publicación de *Sexo y carácter*, que fue seguida del suicidio de su autor⁵⁸, despertó un interés inusitado en Viena así como una oleada de complicidad entre los artistas e intelectuales de vanguardia vinculados a la *Secesión* o al círculo *Joven Viena*, e influenciados como Weininger por Nietzsche y Schopenhauer. Muchos de ellos compartían la opinión de éste último de que la mujer había sido creada exclusivamente para la reproducción de la especie y que su belleza era un truco de la naturaleza para seducir a los hombres⁵⁹. Un sexólogo austriaco de la época, Richard Kraft-Ebing, identificaba como Weininger a la mujer masculina con la inteligencia y el talento, y lo mismo opinaba Freud, quien calificaba de “viriles” a las mujeres de su entorno que, como Lou Andreas-Salomé, María Bonaparte o Margaret Stonborough-Wittgenstein, la hermana del filósofo⁶⁰, destacaban por su inteligencia. Freud creía que las mujeres emancipadas tenían una sexualidad anormal, que su desarrollo psicosexual se había detenido, y que estaban celosas de los hombres, en especial de sus atributos sexuales. Establecía

57. LE RIDER, Jacques: *Mondernité viennoise et crises de l'identité*. Puf: Paris, 1990, p. 109.

58. Se suicidó en la habitación en la que había vivido Beethoven. Se ha dicho que las circunstancias de su muerte contribuyeron al éxito de su obra *Sexo y carácter*, que acababa de publicar.

59. FRAISSE, Geneviève: *A Philosophical History of sexual difference*, op. cit., pp. 56-57.

60. BERTIN, Celia: *La femme à Vienne au temps de Freud*, op. cit., p. 313.

asimismo una vinculación entre lesbianismo y feminismo que no se correspondía con la realidad vienesa, puesto que la mayoría de las feministas fueron mujeres casadas y con hijos, salvo la dirigente de la Asociación de Mujeres Austriacas Auguste Fickert que tuvo relaciones lésbicas estables, y el caso notorio de la filósofa y feminista radical Helene von Druskowitz que abogaba por excluir a los hombres de la sociedad. Es cierto sin embargo que en los círculos aristocráticos, en los salones y en el llamado “demi-monde”, ambientes que no eran necesariamente feministas, las costumbres eran mucho más libres y que tanto Alma Mahler como Lou Andreas-Salomé tenían admiradoras lesbianas, pero aún así en la Viena de Freud seguía siendo necesario conservar la máscara de la virtud en público, a diferencia de París, donde figuras extremadamente conocidas como la princesa Edmond de Polignac o Nathalie Clifford Barnay mostraban en público sus preferencias lesbianas sin ningún complejo.

3.6.—El sacrificio de la individualidad ante los intereses colectivos: las carencias del feminismo de fin de siglo

Pero la identificación entre lesbianismo y feminismo era casi automática en una época en la que se calificaba a las mujeres liberadas de licenciosas. Hasta un simpatizante del movimiento feminista como el dramaturgo alemán Frank Wedekind establecía dicha conexión en *Lulú*, al presentar a la admiradora de la protagonista como una lesbiana que después de haber intentado suicidarse ante el rechazo de su amada, decide dedicarse a la lucha por los derechos de la mujer. También Joseph Roth en su novela *La cripta de los capuchinos* une los dos términos y nos describe la sorpresa del marido cuando, al regresar de la guerra, se encuentra con que su esposa es una mujer liberada que trabaja y le abandona por otra mujer. En todas estas manifestaciones lo que se ponía de manifiesto era el temor masculino ante el asedio por parte de la mujer de los dominios controlados tradicionalmente por el hombre. La mujer estaba rompiendo las barreras que la habían mantenido recluida en el terreno privado, en el ámbito del hogar y en su papel de esposa y madre y estaba conquistando la esfera pública que pertenecía al hombre. Se podía tolerar como un mal menor que una parte de las mujeres de la clase media se incorporara al trabajo, en especial aquéllas que no habían conseguido contraer matrimonio o las que tenían dificultades financieras, pero ¿y el resto? ¿Que estaba pasando para que se negaran a seguir cumpliendo la misión para la que habían sido creadas? Lanz von Liebenfels, un autor admirado por Hitler, opinaba que la conquista de las profesiones masculinas por parte de las mujeres y su lucha por alcanzar la independencia política, social y económica era “un atentado contra la cultura”, es más, “un atentado

contra la vida"⁶¹. En parecidos términos se manifestaba el escritor inglés William Greg en 1873, al afirmar que aquellas mujeres que en lugar de dulcificar y embellecer la existencia de los demás, optaban por llevar una vida independiente e incompleta, sobraban.

Las voces de alerta y las señales de peligro se habían encendido en toda Europa, e incluso los autores que simpatizaban con la causa del feminismo cerraban filas con los más conservadores. Un ejemplo lo ofrece el escritor alemán y premio Nobel de literatura Gerhart Hauptmann, cuya obra *Rose Bernd* ha sido considerada como una exaltación de la nueva mujer emancipada, y cuya utopía *La isla de la gran madre o el milagro de la isla de las damas* presenta una colonia modélica constituida por un grupo de mujeres que naufragan en una isla tropical. Sin embargo en una lectura más detenida, las ambigüedades en el tratamiento del tema de la maternidad saltan a la luz, y hacen sospechar que el objetivo perseguido por Hauptmann no es tanto apoyar la causa de la liberación de la mujer como glorificar lo que en 1924 definía como la esencia de la feminidad: la maternidad. "Para obtener plena conciencia de su valía, la mujer sólo tiene que comprender lo que es, es decir, la madre de todos los hombres que han existido... La función maternal es fértil y rica; una madre está formada en cuerpo y alma por la fuente de la vida"⁶². A la luz de estas declaraciones habría que reconsiderar el mensaje que contiene *Rose Bernd*, que no sería tanto la reivindicación de unas relaciones libres y emancipadas, como la denuncia de las fuerzas reaccionarias que impiden a Rose realizar su función de madre, aunque eso sí se trata de una maternidad libre y fuera del matrimonio.

Otro ejemplo lo proporciona el escritor vienés Hugo von Hofmannsthal que en su libretto *La mujer sin sombra* asocia la venta de la sombra con la renuncia a la fertilidad, sugiriendo de este modo que la mujer que no alcanza la maternidad está incompleta. Esta idea aparece reforzada con el tratamiento que da al personaje que induce a la mujer de Dyer a vender su sombra, que aparece como una figura diabólica.

Pero incluso las feministas tuvieron grandes dificultades para superar lo que constituía el meollo de la ideología patriarcal, el ideal del matrimonio y de la maternidad al que aspiraba la inmensa mayoría. Como comentaba con amargura Olga Waissnix a Arthur Schnitzler: "se nos prescribe el matrimonio como única profesión que nos puede aportar la felicidad, pero sino lo logramos, "tant pis", tendremos que renunciar y aguantarnos; ése es el mensaje"⁶³. La aceptación de la maternidad como la función natural de la mujer estaba

61. ANDERSON, Harriet: *Utopian feminism*, op. cit., p. 3.

62. Citado por FINNEY, Gail: op. cit., p. 143.

63. Citado por ANDERSON, H. *Utopian Feminism*, op. cit., p. 8.

generalizada entre las feministas europeas. Marianne Hainish, la dirigente de la Liga de Asociaciones de Mujeres Austriacas, escribía que la familia era lo más importante del mundo y que la petición de igualdad de derechos no debía de constituir una amenaza para la preservación del “eterno femenino”. Marie Lang, de la Asociación General de Mujeres Austriacas, criticaba la normativa sobre el celibato de las maestras no porque atentase contra los derechos de la mujer sino por la privación emocional y antinatural que comportaba, al negarle la realización de su “profesión más maravillosa”. Incluso Clara Zetkin, la líder indiscutible de la Socialdemocracia europea, afirmaba que la mujer sólo puede realizarse como madre. Tal vez por ello se opuso a la utilización de métodos anticonceptivos y se unió a los socialistas varones contra una huelga de nacimientos propuesta por las mujeres socialdemócratas antes de la guerra. Zetkin, que era el prototipo de la super-mujer (trabajadora y madre), rechazó también la socialización del trabajo doméstico y la posibilidad de aligerar la doble carga de las mujeres trabajadoras, alegando que sólo la revolución socialista resolvería los problemas derivados de la maternidad⁶⁴. También la feminista alemana Helene Lange reivindicaba la función maternal, sólo que extendiéndola a todo el género humano. Pensaba que la “maternidad espiritual”, concepto acuñado por Georg Simmel, permitiría a la mujer salir del marco de lo privado, de los límites claustrofóbicos del hogar, para dedicarse a las obras sociales sin poner en peligro el orden tradicional. Esta actividad seguía viéndose como otra forma de ejercer su función “natural”, la maternidad.

El movimiento feminista continuaba aún atrapado en buena medida en las redes de las concepciones tradicionales. Como decía John Stuart Mill, se seguía aceptando “la errónea doctrina inculcada a la mujer de que ha nacido para la abnegación”⁶⁵ y de que su vida está al servicio de alguna causa externa a ella misma, aunque ahora se tratase de la emancipación femenina, de la liberación de la clase obrera o de la humanidad en su conjunto. Muchas feministas de la época buscaban no tanto la emancipación personal como el objetivo más utópico de liberar el mundo, impulsadas por la confianza en la evolución y el progreso, así como por el énfasis en la regeneración moral de la sociedad, rasgos ideológicos compartidos por corriente muy diversas, desde los socialistas a los seguidores de Popper-Linkeus o los fabianos. La nueva “causa”, la redención de la humanidad, impedía así la realización de la liberación individual que quedaba postergada a un futuro lejano en el que se haría realidad la transformación de la sociedad en su conjunto. De nuevo las

64. Bajo la dictadura del proletariado —afirmaba— reconoceremos la situación y los intereses de la mujer” en *Recuerdos sobre Lenin*. Grijalbo: Barcelona, 1975, p. 97.

65. STUART MILL, John: *La dominación de la mujer, en Sobre la libertad y otros escritos*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social: Madrid, 1991, p. 169.

mujeres se veían a sí mismas como parte de un todo y no como seres independientes y autónomos, viviendo una vez más para los demás y no para sí mismas. Salvo excepciones como las que representan las grandes figuras femeninas de la época, desde George Sand a Alma Mahler o Lou, que buscaron el pleno desarrollo de su personalidad, el individualismo aparece muy mitigado en el movimiento feminista, cuando no claramente supeditado a los objetivos colectivos que perseguía. La secretaria de la Asociación General de Mujeres Austriacas, Auguste Fickert, afirmaba que el reconocimiento de los derechos de la población femenina era tan sólo una precondition y que la mujer tenía una misión ética que cumplir como ser moralmente superior, que consistía en acabar con la barbarie y conducir a la humanidad hacia una nueva era gobernada por la razón, en la que hombres y mujeres serían por fin felices y libres, en la que se garantizaría el desarrollo personal y en la que las relaciones de explotación —incluidas las existentes entre los sexos— quedarían abolidas. En ese proceso de evolución las mujeres debían desempeñar un papel dirigente. También Berta Suttner se refería a la mujer como la guardiana de la moral que representa la alternativa a la moral masculina corrompida⁶⁶. Hasta las mujeres socialdemócratas hacían más hincapié en la transformación moral y cultural de la sociedad que en el cambio económico. La lucha por la emancipación femenina se inscribía así en el marco más amplio de ese objetivo general y constituía un medio para alcanzar un fin más elevado. Por eso las feministas trataban de convencer a los hombres de que la libertad, independencia y educación que reclamaban, al mejorar la cultura y la moral, acabaría revirtiendo en una mejora de la propia institución familiar, por un lado, y de la sociedad en su conjunto.

En esta visión de la mujer como agente de la renovación existe también un fuerte componente religioso que se manifiesta claramente en feministas como Irma Troll, que escribió un resumen del movimiento feminista alemán en forma de catecismo, en Meisel-Hess, que concebía la reproducción como algo espiritual, y en Rosa Mayreder, que decía sentirse predestinada para escribir porque su misión consistía en ser el heraldo de la nueva feminidad. Troll afirma, asimismo, que la verdadera moral se basa en el auto sacrificio y la auto negación, y que la superioridad moral de la mujer estriba en su capacidad para refrenar los deseos de su cuerpo. Las mujeres austriacas vivían así el compromiso con el movimiento de emancipación como una intensa vocación que se manifestaba claramente en su vida personal y que las impulsaba a soportar todas las dificultades y todas las humillaciones. Su feminismo estaba aún plagado de rasgos tradicionales como el espíritu de

66. Véase su libro *Der Menschheit-Hochgedanken*, Berlín, 1911. Hay traducción al inglés *When Thoughts will soar. A Romance of the immediate future.*, Londres, 1914.

sacrificio, la abnegación o el ideal del amor, componentes clásicos de la femineidad que no sólo no habían quedado superados sino que con frecuencia habían sido potenciados. La ideología del amor, en particular, era compartida por muchas feministas de la época, sobre todo mujeres solteras como Auguste Fickert que no habían podido hacer realidad sus sueños de casarse y tener hijos⁶⁷. El objetivo de redimir a la humanidad a través del amor suponía otorgar a la mujer una función mesiánica y religiosa y elevarla al status de segunda salvadora. Pero a la vez implicaba la aceptación por parte del movimiento feminista de las convenciones ideológicas de la época, puesto que si bien la mujer trascendía su papel de educadora dentro del marco de la familia, era para convertirse no en un individuo con sus propios intereses sino en la salvadora del género humano, en la madre universal. La maternidad espiritual que de este modo se asumía, tanto en la versión de la nueva madre de Meisel-Hess como de la ciudadana parangón de virtud de Irma Troll, o incluso de la activa agente de transformación de la sociedad concebida por las socialistas, dejaba a salvo el orden patriarcal. Sólo el modelo de Rosa Mayreder, el de la mujer intelectual que ha alcanzado el ideal sintético, andrógino, y que se plantea la maternidad como una posibilidad entre otras, no encaja dentro de estos moldes porque no acepta la supeditación del individuo a la colectividad.

Esta contradicción entre los derechos del individuo y los intereses colectivos se manifestó de forma particularmente intensa en el feminismo socialdemócrata, que subordinó su objetivo de liberar a la mujer a una causa universal de naturaleza superior: la revolución obrera. Dicha supeditación fue legitimada por los grandes ideólogos socialistas como Víctor Adler en nombre del interés social⁶⁸. De ahí las dificultades de las mujeres socialdemócratas para conciliar en determinados momentos el ideal de la emancipación femenina con la causa del socialismo, y en particular para unirse con las asociaciones "burguesas" para defender intereses comunes. Las austriacas, por ejemplo, llegaron hasta la claudicación cuando la dirección del partido, aprovechando la revolución rusa de 1905 y la fragilidad del Imperio, lanzó una campaña a favor del sufragio universal masculino y les pidió que no reivindicasen su derecho al voto para no poner en peligro la campaña. Es cierto, sin embargo, que el primer Congreso Internacional de Mujeres Socialistas reunido en Stuttgart en 1907 y dirigido por la alemana Clara Zetkin, condenó esa actitud y que la propia Zetkin reprendió duramente a las austriacas⁶⁹.

67. Más del cincuenta por ciento de la población vienesa de más de veinte años permanecía soltera, según los datos de 1860.

68. JOHNSTON, William: *The Austrian Mind: an intellectual and social history: 1848-1938*. University of California Press: Los Angeles, 1972, p. 99 y ss.

69. EVANS, R.: *Comrades and Sisters. Feminism, Socialism and Pacifism in Europe, 1870-1945*. Wheatsheaf Books, 1987, pp. 87-88.

La historia de la emancipación femenina aparece así como un camino cuajado de obstáculos. Aunque lentamente la mujer fue conquistando sus derechos civiles y políticos, en el ámbito de las ideas la contraposición entre especie e individuo se saldó siempre a favor de la especie y las mujeres permanecieron atrapadas por su función biológica. La entrega a la familia y a la prole siguió siendo, como en las demás especies animales, su función principal, plenamente aceptada y asumida en la mayoría de los casos, y ello constituyó la mayor dificultad para la realización de su individualidad. La superación de lo biológico, de la animalidad, y la conquista de lo específicamente humano, el despliegue de todas las potencialidades individuales, sólo se logró durante breves periodos de tiempo en el marco de los salones, que favorecieron la incorporación plena de las mujeres de las elites cultas a la vida intelectual y su equiparación real con el hombre. Ello fue posible gracias a las fuerzas emancipadoras que contenía el pensamiento ilustrado y a su afirmación de que todos los seres humanos han nacido libres e iguales, pero también gracias a que sus necesidades materiales y el cuidado del hogar y de los hijos estaba confiado a otras personas. Al igual que la democracia, paradójicamente, sólo se logró en el mundo grecorromano a costa de la esclavitud, la liberación de la mujer no puede darse sino es en condiciones económicas óptimas. En caso contrario, a la mujer sólo le queda una opción: asumir el problema y elegir conscientemente entre la especie o su propia individualidad.